

GERTRUDE BELL

Postales persas

Traducción de Raquel Herrera



**Editorial
Belvedere**

Título original: *Persian Pictures*

Primera edición: septiembre 2019

© de la traducción: Raquel Herrera

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-1-2

Depósito Legal: M-24245-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

POSTALES PERSAS

EDITORIAL BELVEDERE

Índice

I.	Una ciudad oriental	11
II.	La Torre del Silencio	19
III.	Alabanza de los jardines	23
IV.	El rey de los mercaderes	31
V.	El imán Husein	37
VI.	La sombra de la muerte	45
VII.	Los que viven en tiendas	53
VIII.	Tres damas nobles	59
IX.	El tesoro del rey	67
X.	El jeque Hasán	75
XI.	Un anfitrión persa	83
XII.	Una etapa y media	89
XIII.	Un camino de herradura	95
XIV.	Dos palacios	105
XV.	El mes de ayuno	115
XVI.	<i>Requiescant in pace</i>	123
XVII.	La ciudad del rey Prusias	131
XVIII.	Tiendas y tenderos	137
XIX.	Un Murray del siglo I	145
XX.	Compañeros de viaje	153

I

Una ciudad oriental

La capital moderna de Persia se encuentra en un llano, rodeada a medio camino de montañas, cuyas cimas heladas de la cara norte lindan con las regiones de nieve eterna, y al este se hunden en cordilleras bajas, extendiendo sus brazos desnudos hacia el desierto. Es la ciudad principal de una tierra de polvo y piedras. Yerma y desierta, Persia despliega su extensión monótona únicamente interrumpida por cadenas aún más áridas que la propia llanura, en dirección sur desde las puertas de Teherán. Se percibe cierta simplicidad elegante en un paisaje del que el elemento acuático, con la vida variada que trae consigo su paso murmurante, está completamente ausente. El mundo deshabitado parece una habitación grande despejada para recibir a unos invitados espléndidos; ahora la llenará un amplio desfile de hombres o ángeles, en cuyas puntas de lanza se reflejarán los rayos deslumbrantes del sol, y cuyos estandartes ondearán, multicolor, recortados contra el fondo sombrío, y el repique de sus trompetas resonará de montaña en montaña. Pero ¡no! Día tras día se alza el mismo silencio, la misma soledad, y finalmente el observador aparta la vista impaciente,

convencido de que miraba, expectante pero inútilmente, los rasgos inmóviles de los muertos. Hace tiempo que el desfile pasó por esta tierra, que continuó por ella. Madre de energías humanas, desperdigadas con las ruinas de un pasado titánico, Persia se ha escabullido del mundo vívido, y la simplicidad del paisaje es la simplicidad clara de la muerte. «¡Ay, pobre Yorick!», dice Hamlet, rindiendo, en un instante excepcionalmente espontáneo, el tributo natural de la pena de los vivos a los muertos. En ese aspecto, Persia produce lástima sin llegar a resultar admirable.

Pero al norte de Teherán las laderas más bajas de la cordillera Elburz están cubiertas de jardines y maizales, como si la densa vegetación que, por un extraño fenómeno de la naturaleza, extiende su cinturón verde por la orilla sur del Caspio, entre las arenas movilizadas del Oxus y la tierra negra y saturada de nafta de Bakú, enviara sus raíces a través del corazón de las montañas y hallara arraigo para su frondosidad incontenible incluso entre polvo y piedras. La capital en sí, al aproximarse desde el oeste, presenta un aspecto de bosque, más que de ciudad. No tiene ni minarete, ni torre, ni una cúpula que la remate, los árboles de sus jardines ocultan sus edificios atrofiados, y hasta que no se encuentra bajo sus muros, el viajero no puede afirmar: «¡Aquí está Teherán!». Debe la vida a las montañas nevadas, de las que fluye el agua; la tierra entre la ciudad y ellas se encuentra socavada por una red de pasajes con bóvedas de piedra, ventilados por respiraderos cada cuarenta y cinco metros, cada uno de los cuales va protegido por un montículo de piedra. Por dentro, estas arterias de la ciudad tienen el ancho de hombros de un hombre, y apenas le permiten erguirse; trastabilla, con el agua hasta las rodillas, con el fondo irregular, ha de agacharse por donde la bóveda aún desciende más, y atravesar estrechas esquinas recortadas en la roca sólida. A cada lado, aberturas negras se abren a más pasajes, por los que circulan más afluentes a derecha e izquierda, y a intervalos la oscuridad se ve interrumpida por el rayo de luz que alcanza

uno de los respiraderos, hundiéndose como una lanza perdida en la tierra. No queda otra forma de riego, ni reserva de agua, en un país donde estas artes debían de resultar conocidas para la población más numerosa que antiguamente habitaba al pie de las montañas. El sistema actual resulta torpe y laborioso. Hay que vigilar todo el tiempo para evitar que los *qanats* se estropeen y que los bloqueen las masas de raíces, y, si la vigilancia se relajara, en pocos años Teherán dejaría de existir.

Qué méritos posee para ser la capital sigue siendo un misterio. No acoge ninguna industria nativa; desiertos áridos y desfiladeros, que solo atraviesan caravanas de mulas, la separan de todo trato útil con el oeste. Isfahán conserva tradiciones de antigua importancia, en Shiraz persisten los vestigios de una antigüedad aún más poderosa, Qazvín se encuentra ciento sesenta kilómetros más cerca del Caspio, pero Teherán no es más que la sede moderna de gobierno que adquiere importancia por la voluntad arbitraria de la actual estirpe de soberanos.

Muchas puertas conducen a la ciudad y modifican la altura de los muros de barro con sus arcos y torrecillas, que están decorados con cerámica vidriada y coloreada con dibujos, imágenes e inscripciones. El espacio que rodean los muros es amplio, pero de ninguna manera está repleto de casas. Al pasar por una de las puertas occidentales, primero encontrarás tramos áridos de arena, que se extienden entre edificios inacabados o en ruinas; ocasionalmente, la entrada abierta en un largo muro de barro muestra un jardín frondoso repleto de depósitos de agua, fuentes y parterres, bajo cuyos plátanos se encuentra la casa de algún hombre rico que puede permitirse suficiente agua a la semana como para convertir la naturaleza en fértiles huertos placenteros; más adelante te encontrarás con amplias calles, muy vacías y silenciosas, bordeadas por casas bajas de barro; gradualmente, las calles se estrechan; los mostradores inclinados de las tiendas presentan su mercancía a los transeúntes: fruta y verdura, y las

anchas y finas tortas de pan persa; por aquí y por allá hay escaparates europeos, tras los cuales los productos resultan más variados que tentadores, y se encuentra la fachada de algún edificio del gobierno, con una puerta de alegres ladrillos de colores. Al estrecharse las calles, éstas se vuelven más concurridas. Un mundo caleidoscópico de figuras desconocidas va y viene bajo las moreras blancas que surgen entre los adoquines de la acera: ancianos de rostro serio sujetándose las capas discretamente, derviches con taparrabos en la cintura y un pañuelo brillante atado sobre sus rizos desgredados, mujeres envueltas de la cabeza a los pies en ropas negras holgadas, con un velo de lino cubriéndoles el rostro que les hacen parecer miembros de una extraña orden religiosa, esclavos negros y árabes vestidos de blanco, mendigos y holgazanes, y niños que pasan en tropel presionando para entrar y salir entre los jinetes y los carruajes. A veces te aborda un mendigo, puede que una mujer, levantándose una esquina del velo e implorando limosnas con voz aguda y dulce. Si ignoras sus rezos te maldecirá, pero con una moneda de cobre te ganarás cualquier bendición conocida al hombre, incluida la desaparición de la dama en cuestión, quien, de otro modo, te seguiría descaradamente gritándote al oído: «¡*Pul, pul, pul.*!» (¡Dinero, dinero, dinero!).

En una esquina, un grupo de soldados sacude las ramas de una morera, y devora con ansia el fruto empalagoso que cae al polvo a sus pies. A juzgar por la apariencia del ejército persa, un extranjero tendría la tentación de concluir que solo subsistían a base de moras blancas, y se morían de hambre cuando terminaba el verano. Los señores ponen muchos peros cuando se trata de pagar en Oriente, pero una pequeña proporción de sus ganancias alcanza al soldado común, y las moras, con sabor a polvo, tienen al menos el mérito de suministrarle una comida económica. La apariencia exterior de este hombre no está pensada para infundir mucha inquietud en el pecho de sus enemigos. Arrastra los pies, su uniforme está roto y descolorido; es habitual que lleve la camisa

por fuera de los pantalones, y el volante harapiento de lino gris amarronado bajo su túnica le otorga un aire cualquier cosa menos marcial. Su temperamento parece infantil y pacífico en extremo. Se divierte con tonterías mientras está de guardia, construyendo, por ejemplo, un molino de agua con ruedecitas, que hará girar el arroyo que hay frente al palacio, y cuyo movimiento le encandilará al pasearse arriba y abajo. Incluso se dice (y cuesta no creerlo) que, en cierta ocasión, cuando una persona de importancia visitaba una fortaleza al sur, se encontró con uno de los hombres que vigilaba la entrada dedicado a tejer medias y al otro ganándose justo un penique vendiendo manzanas. Sin embargo, el sah está orgulloso de su ejército. Pasa horas felices diseñando nuevos uniformes para sus hombres, uniformes con la mezcolanza más extraña de reminiscencias europeas y amor oriental por los colores vivos.

Girando hacia el distrito nororiental de la ciudad, se accede a una plaza amplia que se considera el *non plus ultra* de la magnificencia municipal. Es aquí donde el sah participa en la Fiesta de Sacrificio anual, y donde los habitantes de Teherán se reúnen en gran número para presenciar la matanza de un camello a cargo de los mulás, lo que indica que su majestad no ha olvidado, entre las responsabilidades que le son propias, cómo Abraham ató a Ismael en el altar (porque los mahometanos afirman que el hijo de Agar fue el héroe de la leyenda) para acatar la orden de Dios.

Inmediatamente después de que caiga el camello, los cuchillos de los mulás lo desmenuzan, y los que están mirando y se encuentran más cerca se abalanzan sobre alguna porción de la víctima, y con ella se dirigen a toda velocidad al palacio, donde el primero en llegar recibe una gran recompensa.

Hay que confesar que, pese a su tamaño, la plaza no produce una impresión favorable en la mente del europeo sofisticado. Las puertas que conducen a ella están adornadas con baldosas modernas y feas y, los edificios de alrededor carecen de mérito arquitectóni-

co. La fachada estucada está adornada con un fresco de leones de dudoso gusto, tremendamente mal dibujado, en el que cada animal vuelve la vista, agitado, hacia el disco solar con su círculo de rayos puntiagudos que se alza desde sus hombros. Tampoco posee ninguna señal de actividad humana con la que pueda compensar su falta de belleza. En torno a la puerta que conduce al Arca, donde se sitúa el palacio, sí hay señales de vida: grupos de soldados y también figuras de criados, vestidos con brillantes uniformes escarlata y montados en caballos que llevan bocados y collares de plata sólida, así como los fastuosos ropajes de los mensajeros del sah, cuya vestimenta se asemeja mucho a la que se representa en una carta de la baraja real, y cuyos turbantes recuerdan por igual al bedel y al bufón. Pero, por lo demás, esta plaza está en comparación vacía, y el viento arremolina las nubes de polvo en torno al parque de cañones anticuados que se encuentra en su centro.

Calles más estrechas y sórdidas conducen al bazar donde, pese a no encontrarse muchas bellezas u objetos preciados, la abarrotada vida oriental supone, por sí sola, una fuente inagotable de dicha. Hay que recorrerlo en una mañana de verano, cuando su frescura abovedada ofrece un grato cobijo del sol, antes de que la actividad se acalle por el calor del mediodía. A la sombra de la entrada hay un pequeño comerciante, apostado como un emblema del comercio oriental: un muchacho solemne, cubierto de ropajes largos, tan menudo que el corazón de su madre debió de sentir dolor cuando despachó a su querida cabeza con turbante. Este pedacito de la humanidad trae algunos ramos de flores para vender y los extiende sobre una piedra grande delante de él. Permanece ante su tienda improvisada inmóvil e imperturbable, observando a los que vienen y van y esperando, paciente y digno, hasta que uno de ellos se detenga y compre. Hay que desearle buena suerte en voz baja (porque le molestarían los buenos deseos de los no creyentes) y continuar por debajo de los arcos oscuros del bazar.

En cualquier caso, el lugar está concurrido: sin reparar en tus gritos de «*avardah!*» («¡dejen pasar!»), recuas de mulas y burros cargadas empujan a tu caballo hacia la alcantarilla; hábiles amas de casa bloquean el camino estrecho, regateando mucho bajo la protección de sus velos, mientras grupos de hombres hambrientos se apiñan en torno a los asadores de kebabs esperando el desayuno. Los tenderos no se inmutan ante la prisa universal, sino que se sientan con las piernas cruzadas entre sus mercancías, fumando la *kalyan*¹ matutina. A cada lado de la calle, puertas arqueadas conducen hacia caravasares y mercados elevados. En uno de ellos se han establecido los vendedores de productos de algodón, con los mostradores repletos de pilas de paños estampados baratos, que tienen el sello de Mánchester en una esquina; en la puerta de al lado se encuentra el patio de los libreros, donde tiende a dominar el ocio escolástico; aquí hay una hilera de fruterías, donde hay cuencos azules de barro cocido con requesón entre uva y melones apilados; allí pueden comprarse botellas de agua de rosas de cuello estrecho; y más adelante se encuentra una calle de herreros, donde cuelgan campanas brillantes para las mulas en festones sobre los mostradores; girando la siguiente esquina el fuego de las forjas brilla sobre figuras medio desnudas, cuyos yunques les hacen tensar los músculos. El bazar entero resuena con la cháchara, los gritos de los conductores de las mulas, el tintineo de campanas de las caravanas y los golpes de martillo de los herreros. El aire está impregnado de un olor curioso, medio mohoso, medio aromático, de frutas y carne frita, de mercancía y humanidad concentrada. La luz penetra por arriba, a través de un agujero redondo en cada una de las incontables cúpulas diminutas del techo; un rayo de sol brillante atraviesa cada agujero, cortando la oscuridad circundante como una espada y alcanzando a la multitud presurosa en

¹ Pipa de agua.

destellos sucesivos. Relucen los turbantes blancos y los ropajes de colores vivos, y luego se desvanecen, y vuelven a relucir, y se desvanecen en una secuencia interminable de sol y sombra, mientras los que los llevan pasan de un lado a otro.

Así que puedes atravesar una calle estrecha y sinuosa tras otra hasta que los oídos rebosen sonidos, y los ojos, color, y la mente, vida inquieta, y antes de poder recuperar la compostura te encontrarás en una plaza soleada, repleta de almiares y ocupada por ejércitos de mulas desperdigadas, que se encuentra dentro de la puerta Mashhad. Y aquí también se mueve la ciudad. Como un enjambre de abejas, la gente se empuja mutuamente a través de la arcada. Los campesinos conducen sus burros cargados de fardos de hierba desde los prados del sah Abdul Azim, manadas de camellos circulan por la puerta trayendo alimentos de las grandes ciudades del sur y el este, funcionarios ocupados se apresuran hacia Teherán de buena mañana a encargarse de sus asuntos, los vendedores de frutos secos salados se han establecido bajo los árboles, los mendigos se encuentran en el borde del camino y peregrinos que vuelven de Mashhad aceleran el paso al ver que se aproximan a casa.

Aún queda la impresión de las calles occidentales desiertas, por lo que el aspecto de los bazares y de esta puerta oriental causará mucha sorpresa. Teherán, que por el oeste casi parecía una ciudad de muertos, apartada de toda interacción con el mundo exterior, está viva, a fin de cuentas, y mantiene una relación entusiasta con su propio mundo. El polvo y el sol encarnan el Oriente vivo, y, de pie y sin que en ti reparen en la puerta oriental, habrás de admitir que no has viajado en vano. Pero cuando la maravillosa procesión de gente pase por tu lado, tan absorta en sus propios asuntos que solo te mire con desdén, te percatarás de que hay una brecha entre vosotros. Oriente se mira a sí mismo; no sabe nada del resto del mundo del que eres ciudadano, no te pregunta nada de ti ni de tu civilización.